

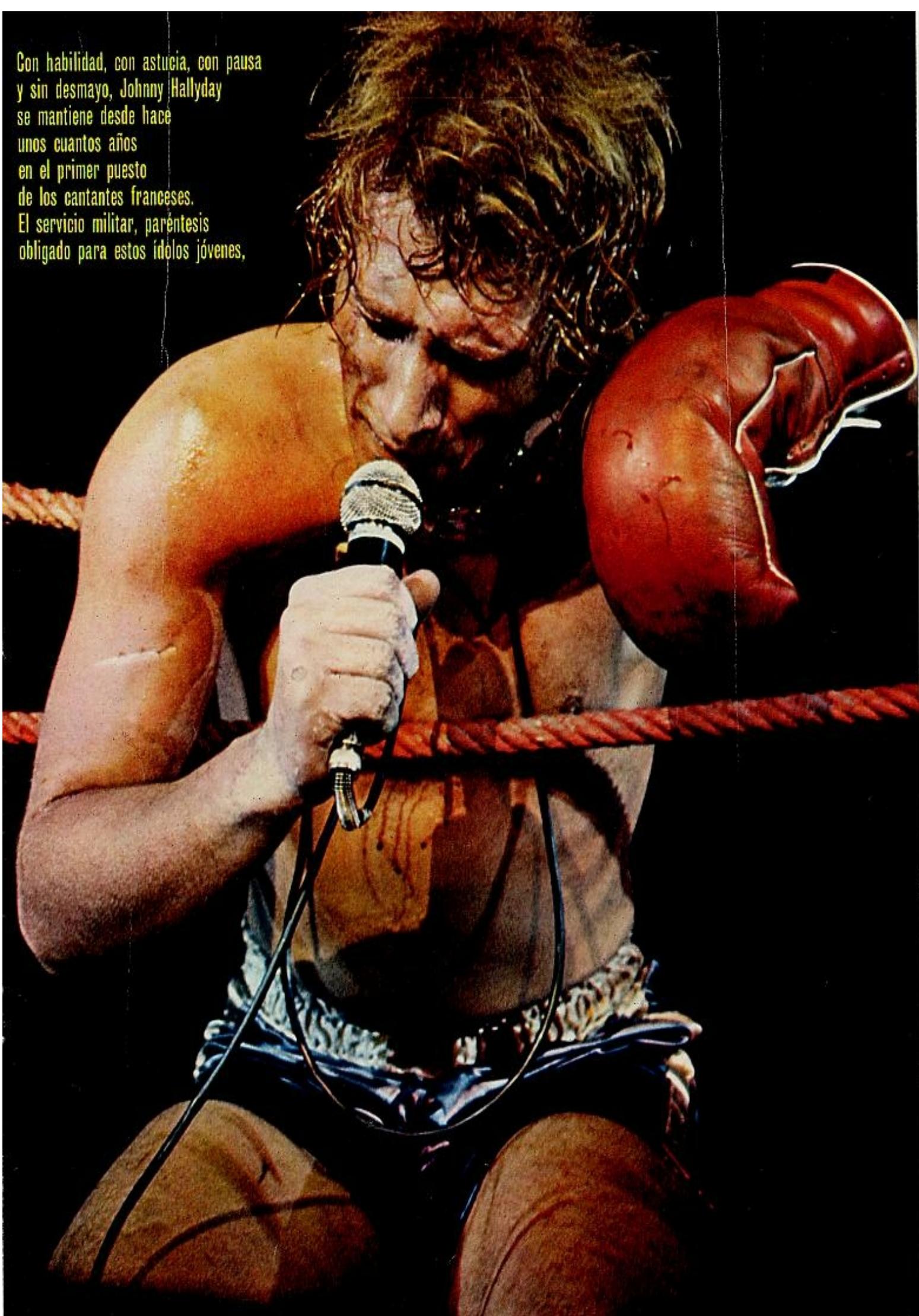
un ídolo «pop» en el ring

# EL MATCH DE JOHNNY

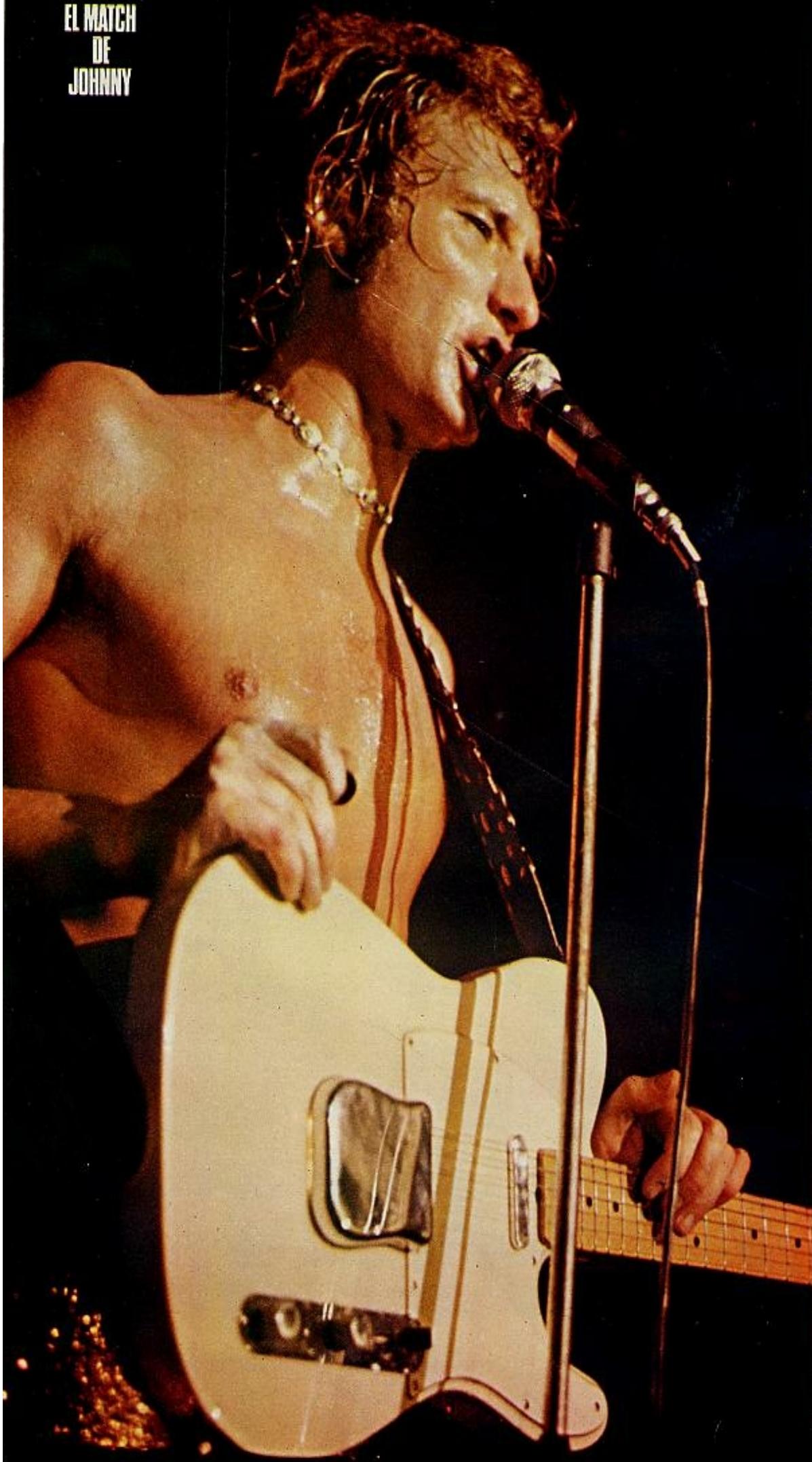
gana por K. O. a sus «fans»



Con habilidad, con astucia, con pausa  
y sin desmayo, Johnny Hallyday  
se mantiene desde hace  
unos cuantos años  
en el primer puesto  
de los cantantes franceses.  
El servicio militar, parentesis  
obligado para estos ídolos jóvenes,

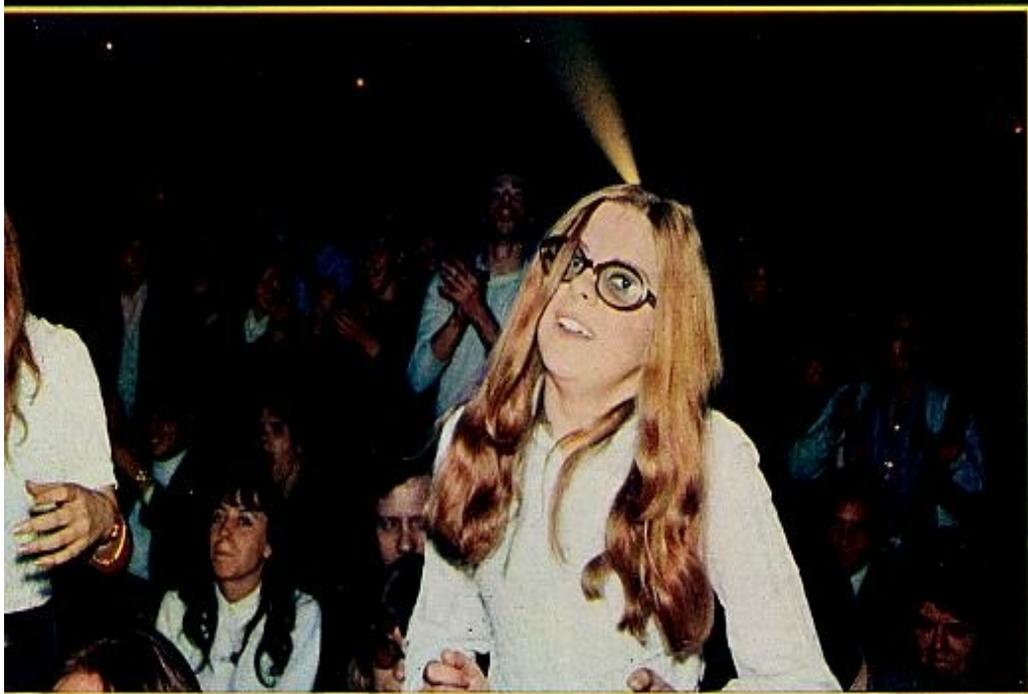


EL MATCH  
DE  
JOHNNY



en pleno éxito, no fue un obstáculo para la carrera ascendente de Johnny: incluso fue un argumento publicitario de capital importancia. El talento de sus cuidadores para las relaciones públicas convirtió aquella estancia castrense en un reclamo nostálgico: se difundían las fotos de Johnny con el cabello rapado, se alimentaba el mito del idolo temporalmente alejado de los escenarios, pero que, cumplidas sus obligaciones patrióticas, retornaría pronto al contacto de sus «fans».





Otro obstáculo evitado fue el noviazgo con Sylvie. Para un idolo masculino, ansiado por miles y miles de jovencitas, una novia formal es un serio handicap. Pero Sylvie aparecía como una «copine» más, eso sí, mucho más asidua que las cientos de miles que suspiraban cuando Johnny se plantaba ante el micrófono. Por otra parte, Sylvie también cantaba y, por lo tanto, podía participar de parte del afecto popular que disfrutaba su novio.

La boda confirmó la estabilidad del mito Hallyday. Una re-

vista de amplia circulación en el medio musical —«Salut, les copains»— viene consagrando sistemáticamente sus páginas a la mayor gloria del cantante. Todo contribuye a hacer de él un idolo estable, inmutable.

Pero su último «show» ha sobrepasado todas las previsiones. Como vulgarmente se dice, Johnny no se duerme en sus laureles, y eso que son laureles que para cualquier otro bastarían para satisfacerlo. Johnny lo había anunciado: se presentaría ante su público en el Palacio de los Deportes, de París. Como

cantante y como boxeador. Su público, parte de él, el que cabía en el recinto, unas seis mil personas, acudió incondicional. Y aquello no fue para contado; habría que haberlo visto; pero habrá que conformarse con estos testimonios gráficos.

Un ring de boxeo, repleto de púgiles y especialistas que peleaban con increíble coraje. Y en medio de ellos, Johnny, con su bata de boxeador, su pantalón brillante y los guantes. Cantaba y peleaba. Hilos de sangre corrían por su boca, manchaban los brazos y torso des-

nudo; chorros de sudor empapaban su cuerpo. No paraba de cantar y de pelear.

Un «show» sorprendente, apasionante, ideado, creado y puesto en escena por el propio Johnny, materia abundante para que los cronistas se extiendan sobre las habilidades de este fenómeno del espectáculo, de este original idolo del «music-hall». Para Hallyday fue una de las noches de más espectacular triunfo: fue un verdadero campeón. Lo es dentro y fuera del ring. ■  
Fotos: HENRI BUREAU, GILLES CARON, GAMMA.

